

JOSÉ WATANABE

*Banderas detrás de
la niebla*



COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR

•

EDITORIAL PRE-TEXTOS

LA poesía de José Watanabe (Perú, 1946) demuestra, como ya se ha dicho, que “otro realismo” es posible.

En su escritura, lo objetivo y lo subjetivo borran sus perfiles rigurosos para referirnos una realidad nueva y súbita. Francisco Calvo Serraller (“Babelia”) equiparó los modos poéticos de Watanabe con la técnica del esgrafiado, que consiste en la superposición de dos capas de pintura de colores contrastados, sobre la que el punzón, al dibujar, revela el cromatismo oculto de la del fondo. De esta manera, la poesía reafirma lo que siempre fue: develamientos breves del mundo sobre el que caminamos o caza rápida de sus signos esquivos.

Watanabe, hijo de padre japonés y madre peruana, ha sabido procesar en su lenguaje (que tiende a un transparente rigor) y su forma de mirar (especialmente la naturaleza) sus herencias iniciales. Hoy es uno de los más importantes poetas de Hispanoamérica.

Banderas detrás de la niebla es el segundo libro que se complace en publicarle nuestra editorial, después del exitoso *La piedra alada* (2005).

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

BAJO EL PATROCINIO DE
SARAH GIRRI
Y JORGE GALLARDO

BUENOS AIRES

José Watanabe
**BANDERAS DETRÁS DE
LA NIEBLA**

COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • EDITORIAL PRE-TEXTOS



MADRID • BUENOS AIRES • VALENCIA • 2006

*Para Micaela,
por todas las razones.*

Primera edición: noviembre de 2006

© JOSÉ WATANABE, 2006

© DE ESTA EDICIÓN, PRE-TEXTOS, 2006

LUIS SANTÁNGEL, 10
46005 VALENCIA

IMPRESO EN ESPAÑA
ISBN: 84-8191-775-3 • DEPÓSITO LEGAL: V-4313-2006

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: ANDRÉS TRAPIELLO Y ALFONSO MELÉNDEZ
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: MANUEL RAMÍREZ

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Viñeta de la cubierta: Algarrobo, de José Saborit
Viñeta del señalador: Dibujo erótico de la Escuela Shunsho

T.G. RIPOLL, S.A. - TEL. 96 132 40 85 - POL. IND. FUENTE DEL JARRO
46988 PATERNA (VALENCIA)

RIENDO Y NUBLADO

RESPONSO ANTE EL CADÁVER DE
MI MADRE

A este cadáver le falta alegría.
Qué culpa tan inmensa
cuando a un cadáver le falta alegría.
Uno quiere traerle algo radiante o gustoso (yo recuerdo
su felicidad de anciana comiendo un bife tierno),
pero Dora aún no regresa del mercado.

A este cadáver le falta alegría,
¿alguna alegría aún puede entrar en su alma
que está tendida sobre sus órganos de polvo?

Qué inútiles somos
ante un cadáver que se va tan desolado.
Ya no podemos enmendar nada. ¿Alguien guarda todavía
esas diminutas manzanas de pobre
que ella confitaba y en sus manos obsequiosas
parecían venidas de un árbol espléndido?

Ya se está yendo con su anillo de viuda.

Ya se está yendo, y no le prometas nada:
le provocarás una frase sarcástica
y lapidaria que, como siempre, te dejará hecho un idiota.

Ya se está yendo con su costumbre de ir bailando
por el camino

para mecer al hijo que llevaba a la espalda.
Once hijos, Señora Coneja, y ninguno sabe qué diablos
[hacer
para que su cadáver tenga alegría.

LA SERPIENTE

AQUÍ fue donde la serpiente
deshizo su rosca y se deslizó velocísima
bajo el cerco de laureles.

Con el alma aún suspendida, dudé:
¿había visto una serpiente
o me había asaltado una vibración, un vértigo antiguo
que dormía sobre la yerba y se había despertado
a mi paso?

Aquí fue,
junto a esta bocatoma, donde vislumbré
hace tantos años
la posibilidad de un mundo de movimientos remanentes
que quedan a flor de tierra: el aleteo
inútil de la torcaza quemada por el fuego de la zafra,
el correr errático de lagartijas y ratas
perseguidas por el mismo fuego unánime,
la cojera del zorro herido por una escopeta de sal,
la fuga de aquella serpiente.

Aquí fue,
y aún despiertan como espectros entre mis pies.

LOS NONATOS

—¿LE interesan los nonatos? —me dijo la enfermera.

—Es que el sol que entra por la ventana
ilumina los frascos en la estantería —me disculpé.

Y seguí mirando los esbozos embotellados
de mi propia carne.

—¿Ven que finalmente todo es forma? —les dije—.

Tú no eres gusano, ni tú diminuto batracio
ni tú molusco abisal. Ellos, si acaso repugnantes,
son palmarios y finales. Si ustedes fueran así,
hermanitos,
hoy tendrían consuelo, aunque muertos.

De pronto el sol me dio asco, giré los ojos
hacia una toca celeste que cruzaba la ventana.

VIEJA CON PERRA

UNA vieja flaca y traposa
como un arbusto seco en este aire polvoriento
espera que su perra de tetas flácidas
beba el agua turbia de la acequia de los maizales.

Mientras espera, embozada en su manta,
nos observa largamente: pasajeros aburridos
de un ómnibus cuyo desmañado conductor
mea como un caballo detrás de una tapia.

La perra ahíta se le va
pero regresará pronto con más perritos.
En este caserío tan pequeño
nadie se aleja nunca.

El ómnibus reanuda su marcha
y los pies de la vieja ahora parecen penetrar
el subsuelo. Como la Baucis del mito,
enraizada, ya no dará un paso más, y el sol
que se enciende de súbito
la convierte a lo lejos en una fogata oscura.

LOS BÚFALOS

PON el oído en la tierra, escucha
la estampida de los búfalos
y dame la razón: ¡quién
más terrestre y cuadrúpedo que un búfalo!

Si hubiera algún conejo
en la ruta de los búfalos, la tierra
no nos traería sus brincos asustados.
Ella sólo recoge el furor ciego, no la muerte
del suave conejo
entre los cascos de la horda.

LA TORMENTA

EN la cerrazón de la tormenta
sólo veía tus espaldas como sombra
en el centro de la pequeña canoa.
Sabía que te protegía de la lluvia
una vieja capucha azul.
El aburrido ruido del motor
no nos alejaba del inmenso hervidero
en que se había convertido el lago.
La tormenta
nos había puesto en la mano de un dios enfurecido.

Pero casi estábamos dichosos cuando un relámpago
iluminó los grandes árboles de la orilla del lago
y vimos ramas de oro y plata instantáneos.
Entonces volteaste y alargaste tu mano hacia mí:
también te dio miedo la súbita oferta de fulgurar
y desaparecer.

ORGASMO

¿ME dejará la muerte
gritar
como ahora?

) 18 (

LA FOTOGRAFÍA

ESTE señor insistente, consciente de su poder,
me dice: relájese, mire a través de la ventana,
coja el libro, finja que lo lee, perfecto.

Más tarde, en su laboratorio, después de que la luz
imprima el papel fotográfico
empezaré a asomar tenuemente, lentamente
en la bandeja del ácido revelador. Apareceré
como él espera que aparezcan todos los poetas:
maricas mirando en lontananza
o angelotes ensimismados en las bellas letras.

¿Y si en la oscuridad del laboratorio, de pronto,
sonara la voz de otro poder, un dios terrible
que me ordenara
que no me detenga en mis facciones, que siga
revelándome
sin interrupción
hasta mostrar las profundidades de mi carne,
mis células, mi entramado más íntimo?

¿Sólo el palpito inicial de donde vine
quedará temblando sobre el papel negro?

) 19 (

EL SUICIDA

SU decisión de desaparecer en una fosa común nos produjo un extraño horror.

Antes de envenenarse, había destruido y arrojado por el inodoro de un hotel desastrado su documento de identidad. Quería ser un cuerpo nunca nacido para el Estado.

Pero sus huellas digitales, como a los asesinos, lo delataron.

Es él, dijimos todos, y rescatamos su cuerpo de la comunidad de vagabundos y prostitutas que nadie reclama y que dormían en la fosa envueltos en cal viva.

Ah nuestra piedad medrosa que nos cura en salud en el cuerpo de otros.

Después de todo
la cal estaba haciendo un buen trabajo:
le evitaba el escandaloso olor de la muerte.

BOSQUE DE PIEDRAS

EL mundo aún no alcanza su total y cerrada dureza de piedra. Todavía sobrevive algo que se contrae y se distiende debajo de algunas superficies y fluye un cierto frescor de aguas remotas y se escuchan tejidos agonizando entre la yerba dura de las montañas. Pero en este borde vacilante ya ninguna forma tiene voz para gritar.

RIENDO Y NUBLADO

LA meningitis mató en su cama al hijo del carnicero.
Tanta sangre hubo en esa casa
que una muerte limpia sólo fue aceptada
ante un espejo brillante, sin la opacidad de un resuello.

Desde entonces, los muchachos
empezamos a asomarnos con incredulidad a los espejos.
Nada pagaba
la luz que veíamos bailando en nuestros ojos
y la satisfacción de la veladura en el cristal
tras echarle nuestro aliento, el mejor gesto de los vivos.

Mirándome en los espejos
y soplándoles tontamente mi hálito
he persistido hasta hoy.
Sí, ese señor entrecano en el marco dorado
soy yo.
Grito: ¡Soy yo! ¡Soy yo!
Y me da un enorme placer verlo, riendo y nublado. Soy yo
y si no lo fuera también diría que soy yo
porque quiero ser (y seguir siendo) en cualquier rostro
[vivo
con tal de no ser, como el hijo del carnicero, el muerto.

LA SANGRE

LOS médicos escuchan con el estetoscopio
el paso rumoroso de nuestra sangre, lo escuchan
como una revelación que nunca comparten, no dicen
con alegría: tu sangre no ha huido.

La sangre puede huir. Los órganos están fijos,
palpitando en su profunda oquedad, pero la sangre
puede salir de su límite, franquear la piel y saltar
al mundo.

Si la sangre huye sabrá remontar colinas
así como se extiende abundante y silenciosa
por el hígado, sabrá fluir por los arcos de los puentes
así como avanza por las esclusas del corazón,
sabrán pasar bajo las raíces enmarañadas de los sauces
así como pasa entre la arboladura de los pulmones.

La sangre puede inundar todos los paisajes.

La sangre de los asesinados va delante de nosotros
y vibra
como un horizonte infame.

ÚLTIMA NOTICIA

ÉSTA es tu última noticia, cuerpo:
una radiografía de tus pulmones, brumas
inquietantes, manchas de musgo sobre la nieve sucia.

La tierra espera que algún día
todos los órganos, como los perros, la husmeen
buscando la yerba benéfica. Tus pulmones,
entre hojas sedosas,
lucirán sanos y tersos como recién nacidos
y concertarán con un joven buey
el ritmo amplio de su respiración. Al fondo
habrá un cielo luminoso y ninguna sombra,
sobre todo ninguna sombra aciaga.

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

HAY una vejez triste e indefinida en el puerto,
más herrumbre en el muelle
y bares sospechosos en la ribera
donde antes había casonas rodeadas de yerba tenaz.

Una noche, cuando una niebla densa y turbia
cubría el mundo, yo caminé a tientas
por el entablado del muelle. Adolescente aún,
acaso buscaba el terror gozoso de la evanescencia.

Iba confirmando con las manos la baranda, sus uniones
de metal, las cuerdas de las trampas de cangrejos
atadas a las cornamusas oxidadas. Los cangrejos
merodeaban de noche los restos del pescado eviscerado,
[tripas
que rodaban en el fondo marino
o se enroscaban como serpientes en las pilastras del
[muelle.

Escuchaba la suave embestida de las olas
en el costado de los pequeños botes
que en las madrugadas salían a recoger redes
cruzando entre los buques de guerra estacionados en la
[bahía.

Un perro abandonado en el fondo de un bote, tan ciego
como yo, gemía.

Entonces vi banderas que alguien, a lo lejos, agitó
detrás de la niebla.

Quedé deslumbrado y mudo. Ninguna apostilla
sobre la belleza hablará realmente de aquellas banderas.

EL ALGARROBO

EL sol ha regresado esta tarde al desierto
como una fiera radiante. Viéndolo así,
tan furioso, se diría que viene de calcinar toda la tierra.

Ha venido a ensañarse
donde todo ya parece agonizar. Huyeron
del repaso de los muertos el zorro gris, los alacranes
y la invisible serpiente de arena.
Sólo el algarrobo, acostumbrado como está
a su vida intensa pero precaria, ha permanecido quieto,
solitario entre las dunas innumerables.

Este árbol nudoso, en su crecimiento
ha fijado posturas inconcebibles: alguna vez
cimbró la cintura como un danzante joven y desmañado,
alguna vez, aturdido,
estiró erráticamente los brazos retorcidos,
alguna vez dejó caer una rama en tierra como una
[rendición.

No hay cuerpo más torturado.
Lo único feliz en él es su altísima cabellera verde que va
donde el viento quiere que vaya.

El algarrobo me pone frente al lenguaje.
En este paisaje tan extremadamente limpio
no hay palabras. Él es la única palabra
y el sol no puede quemarla en mi boca.

FLORES

LA madre selva se cerró al amanecer
y yo, sin su perfume, seguí creyendo en la poesía.

Es difícil persistir en la poesía, más aún
cuando ella misma nos desorienta:
en la desesperación
yo escribí los poemas más sosegados.
¡Casi enloquezco pidiendo calma!

Ahora, después de la noche en blanco
y ningún verso, estoy en paz.
La madre selva, ya lo dije, se cerró al amanecer.

Otras flores habrá a lo largo del día.
Los lirios que pone mi mujer en la sala,
las rosas que dejan caer los cortejos fúnebres,
las flores carnívoras que se cierran tan violentamente
que apenas dejan ver a la abeja que matan.
De estas flores aprenderé, una vez más,
que la poesía que tanto amo sólo puede ser
una fugaz y delicada acción del ojo.

BASHO

EL estanque antiguo,
ninguna rana.
El poeta escribe con su bastón en la superficie.
Hace cuatro siglos que tiembla el agua.

LA alameda de pinos apareció como un lujo
geométrico
entre los desordenados sembríos de algodón.

El ómnibus se había detenido en la carretera adyacente
y el chofer me indicó: camine de frente, al final
está el pueblo de San José. En el lejano final,
donde se cerraba la perspectiva de la alameda
había un brillo intenso.

El chofer me advirtió
que podía cruzarme con cuatro caballos blancos.
La gente cree que quien los mira muere, me dijo.

De pronto, a la distancia,
se levantó una pequeña nube de polvo: sólo es un juego
ocioso del viento, pensé. El sol
brillaba en las hojas mientras caían.

Son bellas, debo iluminarlas hasta el final, dijo.

Yo le comprendí:

Si son los caballos blancos los que vienen levantando ese

[polvo

no debo cerrar los ojos.

EN el promontorio, a media altura,
donde no llega el romper de las olas,
hay una gruta honda como nave de catedral.
Por las delgadas cornisas que dan al mar
algunas ratas equilibran y alcanzan la cueva
después de saciarse con los despojos de las mareas.
Y por el aire entran las gaviotas que anidan
en las altas salientes. Sólo sus alas blanquean
en la oscuridad que desciende hasta el piso
donde brillan, supongo, los ojillos rojos de las ratas.
Es difícil ver la cueva. Al frente sólo está el mar abierto.
Los pescadores que hoy me llevan a puerto San Andrés
navegan frente a este aislado promontorio arrullados
por el motor de sus pequeños botes. Los pensamientos
parecen haber cesado: las ratas y las gaviotas
no son viejas alegorías. Todos
hemos entrado en una rara inocencia.
El mar también se ha despojado de sus historias
y nos lleva con la pura física de la navegación.

OTROS POEMAS

EL MARATONISTA

TE has metido solo en esto, muchacho,
pero tu lentitud nos angustia a todos.
Después de tantos kilómetros, se acabaron tus fuerzas,
pero todavía insistes en llegar a donde ya no importa.
Esto ya no tiene sentido, no abuses
de nuestra piedad: anda a tu casa
y comprende que alcanzarte una esponja con agua
fue lo único que pudimos hacer por ti.

(Pero ama al niño que cree que puede
lanzar su energía como un rayo al centro de tu cuerpo
y a la vieja
que se santigua como si viera pasar un santo lastimado)

Tus piernas son cada vez más pesadas.
Conozco cómo es eso: también sé
lo que es ansiar desesperadamente aire
para durar un poco más.

Al dar la curva encontrarás una calle solitaria.
Cambia el paso allí, disimula tu fracaso y camina
lentamente
pisando las hojas amarillas de la morera
como hago yo cada día, ya libre de toda competencia.

EL CAMISÓN (MAGRITTE)

MI madre dejaba su camisón colgado de la percha
cuando se iba al mercado
o a intercambiar infortunios con sus vecinas.
El camisón de mi madre tenía tetas, tetas
inagotables.
Eran la mejor fábrica de ese mundo perdido,
considerando que había otras igualmente silenciosas
donde se destilaban la sangre, las resinas,
y la savia de los grandes ficus de la plaza.

Mi madre, como los animales milagrosos, comía
hierba, miel y tierra
y producía leche de diferentes sabores, sin olvidar
los tóxicos.
Primero alimentaba a los muertos. Las madres perdían
muchos niños en el fondo de esas casas lúgubres.
Ellos les merodeaban siempre los senos
y yo imaginaba que bebían
mientras ellas se limpiaban a solas los pezones en los
[patios.

Yo estoy vivo. Mira ahora mis huesos, limpios y blancos
como lirios
porque tuve, entre vestidos viejos,
los mejores surtidores de la tierra, dos tetas pródigas
dejadas cuidadosamente en un camisón de lino.

EL SALMÓN ROJO

SI sombras son ahora de esposa y esposo
¿cuál su cielo?
Un cielo desadornado, que así les agradó
tenerlo en la tierra.

Practicaban
la admirable belleza del amor huracán
donde el macho se queda rondando por ahí,
oliendo la tierra, las plantas, el lecho,
esperando otro llamado áspero.

De pronto, en ese ardor seco, una gentileza:
el esposo le obsequió a la esposa
una bata con un salmón rojo en la espalda.
La esposa, turbada por la inusual gracia,
vistió la prenda de seda
y el cielo estoico se rasgó por primera vez:
un rayo de luz iluminó al salmón
que parecía subir a gusto por la cascada
de los hermosísimos cabellos azulados de la esposa:
una bella imagen que ella, tan conmovida, no podía ver.

Dígasela usted, padre, para que deje de llorar.

LA boa es
el deseo del abandonado: reptar
como un solo y larguísimo músculo
para envolver completamente el cuerpo amado.

Puedes abrazar y estrangular pavas de monte
o cabras coquetas, pero qué lejos está todavía
la que huyó y duerme como una reina
sobre la copa de todos los árboles.

COMPRAMOS a los pescadores de la orilla
dos tramboyos, esos peces oscuros,
que parecen formas asomadas del inconsciente del mar.

Luego regresamos caminando por la playa
de cantos rodados. No dejábamos huellas
sino el breve ruido de las piedras
movidas por nuestros pies.

En realidad, nuestra huella era ese ruido,
pero el mar, detrás de nosotros,
lo apagaba enseguida con su inacabable bramido.

Entonces surgió en ambos, espontáneamente,
un alegato ruidoso:
nos descubrimos marchando con fuerza para que el
[sonido

del desplazamiento de las pequeñas piedras
bajo nuestros pies
fuera más fuerte que el vasto y abusivo rugido del mar.

LA JARRA

LA jarra
permaneció un instante
en silencio
inclinada
como una mujer pensativa.
Luego prosiguió hasta quebrarse
en el piso
como una mujer pensativa.

FÁBULA INGENUA

AQUÍ, allá, cuando el río descende,
quedan pequeñas charcas abandonadas al sol. Sus orillas
de barro empiezan a resquebrajarse
y pececitos azules se arraciman con angustia
en el centro del agua que pronto será hirviente.

He aquí la fábula tonta de los que perdieron el gran
[caudal.

Ya nunca más blancas arenas del fondo del río
ni ramas de sauce jugando en la corriente
ni refugios debajo de las piedras donde el agua se riza
y sisea
ni sombras de los viejos puentes patriarcales
ni luna en el remanso
ni playas bajas que permitan alcanzar la tierra, las casas
riberañas con puertas para tocar
y clamar con voz pequeñita: vengo del agua, dadme agua.

EN la frontera del desierto
y las plantaciones de caña, la casa solitaria
tiene algo de cráneo abandonado al sol: quizá
por los sonidos resonantes de su interior
y el yeso que se hace polvo en sus paredes.

En el hondo vacío de la sala
de puertas y ventanas arrancadas
hay un intenso olor a caballo. En el rincón
donde algún día un cabrero trashumante
se refugió y encendió una fogata,
anoche ha dormido un caballo.

Es absurdo pensar que entre los cañaverales
y el comienzo azul de las estribaciones andinas
aún vaga un caballo libre
que viene a dormir aquí.
Parece sólo una idea hermosa
puesta en este paisaje, pero no: en el aire
todavía percibo el temblor de sus músculos nerviosos.

Me voy de la casa convencido de que al anochecer
vendrá a dormir nuevamente ese caballo.
Le he dejado semillas de algarrobo
que recogí en el camino. Espero que las muerda
mientras con su casco golpea el piso de tierra
acompañadamente
como una señal de entendimiento.

MIRA: un pájaro azul cantando
sobre el alto muro del manicomio.
En la vereda,
los parientes de los enfermos lo escuchan
mientras hacen cola
con sus cabezas apoyadas en la reja de fierro.

Esperan con atados en las manos: almuerzos
preparados con gran equilibrio: puntito de sal nomás,
[carne
(sólo 100 gramos), arroz esponjado hasta su límite
[preciso,

nada debe excederse. ¡Qué difícil
es controlar todo, mantener las proporciones
de la razón
y cantar sensatamente como el pájaro!

Adentro, los parientes, Corte de los Milagros
que espera, se agita y farfulla
entre palmeras enanas y guardias impasibles.

Uno de los guardias mira al pájaro y ríe
maliciosamente, y luego dice:
entren (y chirrían las bisagras), entren
y júntense con sus locos
bajo la sombra de un árbol neutral.

LA ISLA

NADÉ hasta la pequeña isla deshabitada
cuando el mar estaba muy calmo
y el sol infundía en mi cuerpo una espléndida confianza.
Cansado, dormí sobre una roca combada.

La marea alta me sorprendió. Desperté
cuando las corrientes giraban alrededor de la isla
como una inmensa furia.
Decidí esperar la marea baja del amanecer
y me acomodé casi desnudo entre las rocas
como un animal prudente.

La noche vino con una ficción: la isla
se hizo flotante
y empezó a viajar en la bruma que viene del trópico.
Durante toda la noche, rápidos cangrejos,
en cuyos caparazones brillaba la luna,
devoraron minuciosamente
algo muerto y grande, se diría un caballo imposible.
El oleaje traía peces repugnantes
que adherían sus vientres a las piedras, y otro oleaje
los devolvía a las aguas turbulentas.
Las aves marinas se posaban según la hora de cada una,
las que no tienen canto danzaban
con torpeza, otras, de pico rojo, se restregaban entre ellas
como si hubieran llegado de un festín carnívoro.

Un lobo marino solitario comenzó un llamado bronco
e intermitente
y en algún lugar, en alguna sentina, una gaviota
[carroñera
cantó.

De pronto asomó el sol, optimista como un niño idiota.



LOS AMANTES

(GRABADO ERÓTICO DE HOKUSAI)

ABUNDANTES ropas envuelven a los amantes,
sólo un hombro o un muslo están desnudos como pulpas
de luz
y los sexos en su quieta fiereza.

Si el acoplamiento es inmóvil, las sedas de las ropas
no dejan de ondular. Las telas,
delicadamente estampadas
con menudas flores de una primavera geométrica,
se deslizan por toda la esterilla, avanzando
y acumulándose en pliegues breves y rápidos.

Si la luz de la carne es blanca,
las sedas fluyen como un río de varia coloración, un río
que se desprende del cuerpo de los amantes
que, cerrados al mundo, ignoran
cómo se agitan esas pequeñas flores rojas.

EN LA CALLE DE LAS COMPRAS

EN la calle de las compras
es admirable ver cómo las gentes van funcionando tan
[bien.

Caminan articulando tobillos, rodillas,
la cadenciosa coxofemoral
y cuantos goznes nos mantienen verticales y arrogantes.

(Tonterías que pienso
mientras mi mujer, algo abochornada,
compra la lencería que luce la maniquí, tan fija
en el estereotipo de hembra deseable.)

Mi mujer es bella, para decirlo sencillamente y mirándola
de frente: no río o fuente como se decía antes
sino carne esbelta
sostenida y elevada por sus huesos
que a veces, secreto y morboso, toco como si buscara
las formas que la van a sobrevivir.

Todos pasan, ya lo dije, perfectamente vertebrados,
pero el deseo que llevan, si lo llevan, no tiene huesos
(la razón está llena de esqueletos). El deseo no tiene nada
pero quema todos los cuerpos.

La que viene, la que se alza allá, es mi mujer.

Ay amor, el deseo de nuestros cuerpos
jugará esta noche, como el de todos los amantes,
con la muerte y la disolución, y tanto
que después nos parecerá increíble tener todavía pies
para seguir caminando.

LA PARED

HABÍA una pared de adobe
sin revestimiento donde se apoyaba mi cama.
En la madrugada, mi nariz contra la pared
aspiraba su olor profundo: tierra
traída de la encañada donde se entretejían,
como en un arabesco, raíces muertas de pasto.

A mis espaldas mi familia dormía hacinada
como una tribu acampada en un lugar ruinoso.

Entonces yo ponía mi lengua en la pared
para dejar una mancha húmeda antes de irnos.

EL OTRO ASTERIÓN

*El adulterio de la madre con el toro era evidente
por lo insólito del monstruo híbrido. Minos decide
alejar de su palacio esta infamia y encerrarlo
en una mansión intrincada.*

OVIDIO (*Metamorfosis*)

*De tantos juegos el que prefiero
es el de otro Asterión. Finjo que viene a visitarme
y que yo le muestro la casa.*

JORGE LUIS BORGES (*La casa de Asterión*)

MIRAS al sol en su hora cenital
(los altos muros no te permiten otro sol) y su luz
ilumina tu cuerpo inverosímil.
De noche la luna pasa mirándote silente
en medio de la soledad brillante de las estrellas.
Ellas son eternas. Ellas no transcurren.
Sólo tú transcurre, Asterión: tus órganos
palpitan y tienes hambre.

Cascas los huesos juveniles
que aún conservan el tremor del miedo.
No comprendes el miedo.
Crees que todos deberían resignarse a ti.
¿Por qué los muchachos y las doncellas
arañaban los muros
quiere huir por una escalera que no existía?
¿Por qué se tendían inmóviles sobre el piso
como cadáveres indignos?
¿Por qué rezaban?
Miras sobre el polvo las huellas de sus pies desesperados,
sus idas y venidas que tejían una red, una trampa,
en cuyo centro, como araña monstruosa,
tú los esperabas.

Esta casa que me muestras, Asterión,
no es, como en tus sueños, un desierto

donde inventas una arquitectura intrincada. Existe
como tu biología
que no conocerás nunca (ese último nervio tuyo
tan fino
que se hace alma).
Tus días son para andar y desandar estos pasajes
al azar
como ciego que tienta el aire
hasta encontrar su asiento perdido, y luego sonrías,
vencedor de su propia confusión.

A veces
un leve crujido entre dos piedras,
un grito lejano, un temblor del aire,
sobresaltan tu sueño. Tu pensamiento
es de sospechas.
¿Crees que el mundo se está desmoronando
por sus bordes
y está cayendo en el mar?
¿Crees que ya todo está destruido
y esta casa flota en el espacio buscando un lugar
donde posarse?

Esta casa, Asterión, es como el águila
que cruza el cielo: ha nacido
del propio deseo de navegación del infinito.

Los cretenses temen esta construcción, la evitan,
dicen, aunque no me consta: ¿no hubiera sido más simple
encerrarlo en una cueva tapiada
o entre cuatro paredes con un perro carcelero?

El Rey pudo haberte asesinado, Asterión,
y arrojado a los extramuros donde las aves de rapiña
y los cerdos
se disputan los animales muertos.
Te exilió aquí como una advertencia.

Eres más que la memoria de su vergüenza:
en ti se cumplió la más honda biología, el deseo
que se realiza como en el sueño
donde lo atroz es una feliz inconciencia.
En ti está la otra belleza,
la que encendió a tu madre,
la que podría desordenar el mundo.

) 60 (

ES joven y dice llamarse Teseo
y blande su espada refulgente alrededor de ti.
Vino creyendo encontrar a una fiera,
ahora sabe que no lo eres.
Mirando tu danza de esquivamientos
comparte contigo la razón peligrosa:
la vida depende de una falla en la cadencia.

El traspie ha sido tuyo, Asterión:
la espada ha entrado ciegamente en tus entrañas:
qué verdadero es el metal en la blandura de un cuerpo,
y tu frente hirsuta
y tus agudas astas
caen ante este muchacho que te confiesa temblando
que tú eres su primer muerto.

Míralo irse apremiado por la gloria que lo espera.
Se va ovillando el hilo que fue tendiendo al entrar.
Él no es de los audaces que se echan al camino ignoto
sin la certeza de volver.
No quiso la incertidumbre.
El hilo que lo guía hacia la salida
hace mediocre su brillante aventura.

Tú quedas como un derrumbe de piedras
y una debilidad infinita, casi placentera.

) 61 (

Tu mirada, ya casi transparente, descubre
en el polvo
las huellas inequívocas
de las sandalias atenienses de Teseo.
Entre tantas antiguas pisadas confusas,
ellas van claras y decididas hacia la salida.

De pronto el sol se enciende sobre tu cabeza
y su luz reemplaza a tu sangre en tus venas
y circula
como una gracia postrera.
Anda tras las pisadas de Teseo, Asterión,
y muere mirando el paisaje de los hombres.

¿PUEDES ver los campos que se extienden respirando
[cansinamente

como si una conciencia subterránea
aún deseara que el mundo fuese acogedor y eterno?
Mira: sobre la superficie, en el camino cercano,
la estatua degollada de un dios olvidado,
un anciano que sube penosamente por un sendero de
[cabras,

un asno que agoniza o duerme bajo un olivo,
un labriego que cosecha el trigo
que comerá mañana caviloso y cansado.
Aunque no esperabas otra cosa, Asterión,
estás desencantado.
Pero ya cae la tarde y bajo el último sol
sólo brilla tu cuerpo que ya no existe.

ÍNDICE

RIENDO Y NUBLADO) 9 (

RESPONSO ANTE EL CADÁVER DE MI MADRE) 11 (

LA SERPIENTE) 13 (

LOS NONATOS) 14 (

VIEJA CON PERRA) 15 (

LOS BÚFALOS) 16 (

LA TORMENTA) 17 (

ORCASMO) 18 (

LA FOTOGRAFÍA) 19 (

EL SUICIDA) 20 (

BOSQUE DE PIEDRAS) 21 (

RIENDO Y NUBLADO) 22 (

LA SANGRE) 23 (

ÚLTIMA NOTICIA) 24 (

BANDERAS DETRÁS

DE LA NIEBLA) 25 (

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA) 27 (

EL ALCARROBO) 29 (

FLORES) 30 (

BASHO) 31 (

LA ALAMEDA DE PINOS) 32 (

RATAS Y GAVIOTAS) 33 (

OTROS POEMAS	35 (
EL MARATONISTA	37 (
EL CAMISÓN (MAGRITTE).....	38 (
EL SALMÓN ROJO	39 (
LA BOA	40 (
MARINA	41 (
LA JARRA	42 (
FÁBULA INGENUA	43 (
EL CABALLO.....	44 (
EN LA PUERTA DEL MANICOMIO.....	45 (
LA ISLA	46 (
LOS AMANTES (GRABADO ERÓTICO DE HOKUSAI).....	48 (
EN LA CALLE DE LAS COMPRAS	49 (
LA PARED	51 (
EL OTRO ASTERIÓN.....	53 (

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA 10 DE NOVIEMBRE DE 2006, EN VALENCIA

